

Paul Kearney

Las guerras de hierro
Las Monarquías de Dios
Libro III

Traducción de
Núria Gres

 ALAMUT

Este libro está respetuosamente dedicado
a la memoria de Richard Evans

En los libros anteriores...

Hace cinco siglos surgieron dos grandes fes religiosas que llegarían a dominar todo el mundo conocido. Se basaban en las enseñanzas de dos hombres. En Occidente, San Ramusio; en Oriente, el profeta Ahrimuz.

La fe ramusiana surgió en la misma época en que el gran imperio continental de los fimbrios empezaba a resquebrajarse. Los fimbrios, los mejores soldados que el mundo había visto, se vieron inmersos en una cruel guerra civil que permitió a las provincias conquistadas escindirse una por una y convertirse en los Siete Reinos. Fimbria quedó reducida a una sombra de sí misma, con unas tropas todavía formidables pero con la atención vuelta exclusivamente a los problemas del interior del país. Y los Siete Reinos fueron aumentando su poder... esto es, hasta que las primeras huestes de merduk empezaron a derramarse sobre las montañas de Jafrar, reduciendo rápidamente su número a cinco.

Así empezó la gran batalla entre los ramusianos de Occidente y los merduk de Oriente, una guerra esporádica y brutal que abarcó varias generaciones y que, en el siglo VI de la era ramusiana, estaba finalmente llegando a su clímax.

Porque Aekir, la mayor ciudad de Occidente y sede del pontífice ramusiano, acabó cayendo en manos de los invasores orientales en el año 551. De su saqueo escaparon dos hombres cuya supervivencia tendría grandes consecuencias para la historia futura. Uno de ellos era el propio pontífice, Macrobius, considerado muerto en los demás reinos ramusianos y por el resto de la jerarquía eclesiástica. El otro era Corfe Cear-Inaf, un simple alférez de caballería, que había desertado de su puesto, desesperado tras la pérdida de su esposa en el tumulto de la caída de la ciudad.

Pero la Iglesia ramusiana ya había elegido a otro pontífice, Himerius, que estaba decidido a purgar los Cinco Reinos de practicantes de dweomer, o magia. La purga provocó que el joven rey de Hebrion, Abeleyn, aceptara financiar una expedición desesperada al lejano oeste para

buscar el legendario Continente Occidental, una expedición dirigida por su ambicioso y despiadado primo, lord Murad de Galiapeno. Murad chantajeó a un capitán mercante, Richard Hawkwood, para que comandara la expedición, y como pasajeros y futuros colonos se llevaron a algunos practicantes de dweomer de Hebrion, incluyendo a un cierto Bardolin de Carreirida. Pero cuando finalmente llegaron al legendario oeste, descubrieron que una colonia de magos y licántropos ya llevaba varios siglos residiendo allí, bajo la égida de un archimago inmortal, Aruan. Su grupo de exploración fue aniquilado; sólo sobrevivieron Murad, Hawkwood y Bardolin.

De nuevo en Normannia, la Iglesia ramusiana se escindió por la mitad cuando tres de los Cinco Reinos reconocieron a Macrobius como auténtico pontífice, mientras que el resto prefirió al recién elegido Himerius. La guerra religiosa estalló cuando los tres llamados Reyes Heréticos (Abeleyn de Hebrion, Mark de Astarac y Lofantyr de Torunna) decidieron luchar por conservar sus tronos. Todos lo consiguieron, pero Abeleyn tuvo que librar la batalla más dura. Se vio obligado a tomar por asalto su propia capital, Abrusio, por tierra y mar, provocando una gran destrucción en el empeño.

Más al este, la fortaleza toruniana del dique de Ormann se convirtió en el foco del asalto merduk, y allí Corfe se distinguió en su defensa. Fue ascendido, y tras llamar la atención de la reina madre de Torunna, Odelia, se le encomendó la misión de reprimir a los nobles rebeldes del sur del reino. Tuvo que empezar con una banda de ex esclavos de galeras, un grupo variopinto y mal pertrechado, los únicos hombres que el rey le autorizó a llevarse. Torturado por el recuerdo de su esposa perdida, ignoraba que en realidad ella había sobrevivido a la caída de Aekir para convertirse en la concubina favorita del mismísimo sultán Aurungzeb.

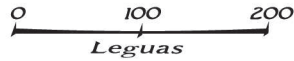
El trascendental año 551 se acercaba a su fin. En Almark, el moribundo rey Haukir legó su reino a la Iglesia de Himerius, transformándola así en un gran poder temporal. Y, en Charibon, dos humildes monjes, Albrec y Avila, encontraron por casualidad un antiguo documento, una biografía de San Ramusio, en la que se afirmaba que el santo era el mismo hombre que el profeta merduk Ahrimuz. Los monjes huyeron de Charibon, pero no antes de sufrir un macabro encuentro con el bibliotecario jefe de la ciudad monasterio, que resultó ser un hombre lobo. En su huida se vieron envueltos por una tormenta invernal, y cayeron desfallecidos sobre la nieve.

Y ahora los ejércitos marchan de nuevo por toda Normannia.

«En tus breves ensoñaciones he velado junto a ti,
y te he oído murmurar historias de guerras de
hierro...»

Enrique IV, Parte I

Normannia y territorios adyacentes



Prólogo

En la sudorosa y febril pesadilla de la oscuridad sintió que la bestia entraba en su habitación y se acercaba a él. Pero eso era imposible. No desde tan lejos, por lo menos...

«Oh, dulce Dios del cielo, señor de la tierra, acompáñame en este momento...»

Plegarias, plegarias, plegarias. La terrible burla de rezar a Dios, él, cuya alma vendida era negra como la pez, perdida y condenada a los fuegos eternos.

«Dulce Ramusio, acompáñame. Permanece junto a mí en esta hora de perdición.»

Se echó a llorar. Estaba allí, por supuesto que estaba. Lo observaba, paciente como una piedra. Le pertenecía. Estaba condenado.

Empapado en sudor, abrió sus párpados pegajosos a la omnipresente oscuridad de su habitación a medianoche. Las lágrimas le habían mojado los lados del cuello mientras dormía, y las pesadas pieles que cubrían su cama estaban revueltas. Se sobresaltó al ver su forma abultada y velluda. Pero no era nada. Estaba solo después de todo, gracias a Dios. No había nada más que la silenciosa noche de invierno rodando en su gélida inmensidad más allá de la habitación.

Rascó la piedra y el pedernal de su mesita de noche, y cuando la yesca prendió trasladó la lluvia de chispas a la vela. Una luz, un punto de referencia entre las amenazadoras tinieblas.

Totalmente solo. Se encontraba incluso sin el Dios al que una vez había adorado y al que había entregado los mejores años de su vida. Los clérigos y teólogos afirmaban que el Creador estaba en todas partes, en cada nicho y recoveco del mundo. Pero no estaba allí, aquella noche. No en aquella habitación.

Sin embargo, algo se estaba acercando. Podía sentirlo moviéndose por la oscuridad hacia él, tan imposible de detener como el movimiento del sol, con los pies tocando apenas el mundo dormido. Era capaz de recorrer continentes y océanos en un abrir y cerrar de ojos.

Las pieles de su cama se estremecieron, y el hombre soltó un grito.

Retrocedió hacia la cabecera, con los ojos desorbitados y el corazón martilleándole en las costillas.

Las pieles se convirtieron en un bulto, una enorme masa de vello. Y empezaron a crecer, aumentando de tamaño en las tinieblas y a la luz de la vela. La habitación se convirtió en un repentino parque de juegos para las sombras móviles mientras la luz parpadeaba y oscilaba.

Las pieles ascendieron y ascendieron sobre la cama, cada vez más arriba. Y cuando se cernieron sobre él, altas como un megalito deforme, dos ojos amarillos parpadearon en su interior, de brillo ansioso como la llama de un pirómano.

Estaba allí. Había venido.

Cayó de bruces entre las húmedas sábanas de lino, en actitud de adoración. Estaba allí realmente; podía oler el almizcle de su presencia, sentir el calor de la enorme silueta. Una gota de saliva le cayó de la mandíbula, y al chocar contra su cuello siseó, quemándolo.

Saludos, Himerius, dijo la bestia.

—Amo —susurró el clérigo postrado, retorciéndose sobre la manchada cama.

No temas, dijo la voz, sin un solo sonido. La réplica de Himerius fue inarticulada, un gorgoteo de terror.

El momento ha llegado, amigo mío, dijo la bestia. *Mírame. Incorpórate y observa.*

Una enorme zarpa, con dedos y garras como en una mezcla burlesca de hombre y bestia, lo levantó y le hizo arrodillarse. Su tacto le chamuscó la piel a través de la lana de su camión de invierno.

Un rostro de lobo invernal, con orejas como cuernos sobre un enorme cráneo cubierto de vello negro, en el que los ojos relucían como lámparas de color azafrán, con dos hendiduras negras. Un hocico de un pie de longitud provisto de colmillos, de los que goteaba saliva en cordeles plateados, con los labios negros tensos y temblorosos. Y atrapado entre sus dientes, un trozo de carne reluciente y escarlata.

Come.

Himerius sollozaba, con la mente inundada de terror.

—Por favor, amo —balbuceó—. No estoy preparado. No soy digno de...

Come.

Las zarpas se agarraron a sus bíceps y se vio levantando por los aires. La cama crujió debajo de ellos. Su rostro fue arrastrado hacia las calientes mandíbulas, que exhalaban un aliento repugnante, como el calor húmedo de una jungla rebosante de putrefacción. Una entrada a un mundo diferente e impuro.

Tomó el trozo de carne con la boca, plegando los labios en un beso siniestro contra los colmillos del lobo. Masticó, tragó. Luchó contra el

instinto de vomitar cuando la carne se deslizó por su garganta, como si buscara el camino ensangrentado hacia su corazón.

Bien. Muy bien. Y ahora el resto.

—¡No, os lo suplico! —sollozó Himerius.

Fue arrojado boca abajo sobre la cama, y el camisón le fue arrancado de la espalda con un gesto negligente de la zarpa del monstruo. Luego el lobo se colocó sobre él, aplastándolo con su increíble peso, privándole del aire en los pulmones. Sentía que se asfixiaba, y ni tan sólo podía gritar.

Soy un hombre de Dios. ¡Oh, Señor, ampárame en mi tormento!

Y luego el dolor repentino e intenso cuando la bestia lo montó, penetrando brutalmente en su cuerpo con una sola embestida desgarradora.

Su mente se llenó de un color blanco agónico. La bestia le jadeaba en la oreja, y la saliva que goteaba de su boca le escaldaba el cuello. Las garras le desgarraron los hombros mientras era violado, y su pelaje era como el pinchazo de un millón de agujas contra su espina dorsal.

La bestia se estremeció sobre él, emitiendo un gruñido de liberación desde el fondo de su garganta. Las poderosas ancas se separaron de las nalgas del hombre. Se retiró.

Ahora eres realmente uno de nosotros. Te he hecho un regalo precioso, Himerius. Somos hermanos bajo la luz de la luna.

Se sentía como si lo hubieran destrozado. Ni siquiera podía levantar la cabeza. Ya no había plegarias, no había nadie a quien rezar. Algo precioso le había sido arrebatado del alma, y en su lugar anidaba una presencia siniestra.

El lobo estaba desapareciendo, y su hedor abandonaba la habitación. Himerius lloraba amargamente contra el colchón, mientras la sangre le caía entre las piernas.

—Amo —dijo—. Gracias, amo.

Y cuando levantó la cabeza al fin, se encontró solo sobre la inmensa cama, en una habitación vacía, mientras el viento empezaba a aullar en torno a los claustros desiertos del exterior.

Primera parte

Pleno invierno

«El espíritu que no sabe rendirse, que no huye de ningún peligro por formidable que sea, es la verdadera alma del soldado.»

Robert Jackson, *Visión sistemática de la formación, disciplina y economía de los ejércitos*, 1804

1

Nada de lo que habían explicado a Isolla podía haberla preparado para aquello. Había habido rumores, por supuesto, historias macabras de destrucción y matanzas. Pero la magnitud de los hechos la había cogido por sorpresa.

Estaba en el lado de sotavento del alcázar del galeón, con sus damas silenciosas como búhos junto a ella. Habían tenido un viento constante del noroeste sobre la cuadra de babor, y el barco avanzaba delante de él como un ciervo huyendo de la jauría, provocando con la proa una ola de diez pies a sotavento, que el débil sol invernal llenaba de arco iris.

No había sufrido ni rastro de mareo, lo que la hacía sentirse orgullosa; había pasado mucho tiempo desde la última vez que había estado en alta mar, mucho tiempo desde la última vez que había estado en cualquier parte. El terrible paso del golfo de Fimbria había resultado vigorizante tras el aburrimiento de la corte invernal, una corte que acababa de superar un intento de golpe de estado. Su hermano, el rey de Astarac, había librado y ganado media docena de batallas menores para conservar el trono. Pero eso no era nada en comparación con lo que había sucedido en el reino que era su destino. Nada en absoluto.

Avanzaban rápidamente por una enorme bahía, en cuyo extremo la capital de Hebrion, la vieja y bulliciosa Abrusio, se agazapaba como una prostituta sobre una bacinilla. Había sido el puerto más pendenciero, ruidoso y pecador del mundo occidental. Y el más rico. Pero se había convertido en una cáscara ennegrecida.

La guerra civil había chamuscado las entrañas de Abrusio. A lo largo de tres millas, la orilla del agua era una ruina humeante. Los cascos de los espléndidos barcos asomaban fuera del agua junto a los restos de muelles y embarcaderos, y en el borde del agua empezaba una zona devastada de cientos de acres de extensión. La ruina todavía humeante de la Ciudad Baja, con los edificios destruidos por el infierno que la había arrasado. Sólo la torre del Almirante permanecía prácticamente intacta, como un centinela demacrado o una lápida.

Había una poderosa flota anclada en la Rada Exterior. La armada de Hebrion, diezmada por los terribles combates para arrebatar la ciudad a los Caballeros Militantes y los traidores aliados con ellos, era a pesar de todo una fuerza a tener en cuenta; altos barcos cuyas vergas eran una maraña de cordaje y marineros furiosamente atareados reparando los daños de la guerra. Abrusio aún tenía dientes en abundancia.

Sobre la colina que dominaba el puerto, el palacio real y el monasterio de los inceptinos continuaban en pie, aunque marcados por los bombardeos navales que habían puesto fin a los últimos asaltos. Allí arriba, en algún lugar, un rey los esperaba, contemplando las ruinas de su capital.

Isolla era la hermana de un rey muy distinto. Una mujer alta, delgada y sencilla, con una nariz larga que parecía cubrirle la boca excepto cuando sonreía. Una barbilla hendida, y una frente grande y pálida manchada de pecas. Había renunciado tiempo atrás a intentar conseguir la pureza de porcelana que se esperaba en las damas de la corte, e incluso había dejado a un lado sus polvos y cremas. Y las ideas que la habían llevado a usarlos en primer lugar.

Se dirigía a Hebrion para casarse.

Era difícil recordar al niño que había sido Abeleyn, un niño convertido en hombre y en rey. En las ocasiones en que se habían visto de pequeños, Abeleyn había sido cruel con ella, burlándose de su fealdad y tirándole del flameante cabello rojo que era su único orgullo. Pero incluso entonces había existido cierta luz en él, algo que hacía difícil detestarlo y muy fácil apreciarlo. De niño solía llamarla «Issy Narizotas», e Isolla lo había odiado por ello. Pero cuando el joven príncipe Lofantyr la había derribado sobre el barro una tarde de invierno en Vol Ephrir, Abeleyn había sumergido al futuro rey de Torunna en un charco y frotado la nariz real con el mismo barro que cubría a Isolla. Dijo que lo había hecho porque ella era la hermana de Mark, y Mark era su mejor amigo. Y le había secado los ojos con la ternura brusca propia de un niño. Ella le había adorado aquel día, sólo para volver a detestarlo al siguiente, cuando volvió a convertirse en el blanco de sus burlas.

Sería su esposo muy pronto, el primer hombre con el que se acostaría. A los veintisiete años, ya no se preocupaba demasiado por aquel aspecto de las cosas, aunque por supuesto tendría la obligación de producir un heredero varón, y cuanto antes mejor. Un matrimonio político sin ningún romance, sólo aspectos prácticos y convenientes. Su cuerpo era el tratado entre dos reinos, un símbolo de su alianza. Al margen de ello, no tenía ningún valor real.

—¡Once brazas en la marca! —gritó el sondador en la proa. Y lue-

go—: ¡Dulce sangre de Dios! ¡A estribor, timonel! ¡Hay un pecio en la entrada!

El timonel hizo girar el timón del barco, y el galeón viró suavemente. Junto a la amura de babor, la compañía del barco pudo ver los restos naufragados de un barco de guerra, con los penoles asomando sólo un pie por encima de la superficie del mar, y con la silueta sombría de su casco claramente recortada bajo las aguas transparentes.

Toda la compañía del barco había estado contemplando las ruinas de una ciudad devastada por la guerra. Muchos marineros habían trepado como simios por los obenques para ver mejor. En el castillo de popa, los cuatro caballeros astaranos pesadamente armados habían perdido su aire impasible y observaban con la misma concentración que los demás.

—¡Abrusio, que Dios nos ayude! —dijo el capitán, a quien la emoción había hecho abandonar su hosquedad habitual.

—¡La ciudad está destruida! —gritó uno de los hombres del timón.

—Cerrad la boca y mantened el rumbo. ¡Sondador! Sigue cantando. Hatajo de idiotas sin seso. Seríais capaces de embarrancar el barco para poder ver a un oso bailarín. ¡Hombres de las brazas! Por Dios, ¿es que queréis perder el viento con el puerto a la vista, y quedar en ridículo ante los hebrioneses?

—No queda puerto —dijo uno de los cabos más lacónicos, escupiéndole por encima de la barandilla de sotavento, para lanzar después una rápida mirada de disculpa en dirección a Isolla—. Ha ardido hasta la línea de flotación, capitán. Apenas queda un muelle donde podamos atracar. Tendremos que echar el ancla en la Rada Interior y enviar una barcaza.

—Bien, sí —murmuró el capitán, con la frente aún arrugada—. Poned aparejos en los penoles. Es posible que tengas razón.

—Un momento, capitán —dijo uno de los caballeros que formaban la escolta de Isolla—. Todavía no sabemos quién manda en Abrusio. Tal vez el rey no pudo recuperar la ciudad. Es posible que esté en manos de los Caballeros Militantes.

—La bandera real ondea en el palacio —le respondió el cabo.

—Sí, pero está a media asta —añadió alguien.

Hubo una pausa. La tripulación miraba al capitán, a la espera de órdenes. El capitán abrió la boca, pero justo cuando iba a hablar se oyó la llamada del vigía.

—¡Ah de la cubierta! Veo un barco zarpando de la base de la torre del Almirante, con el gallardete real.

En aquel instante, la compañía del barco pudo ver varias columnas de humo surgiendo de las maltrechas murallas de la ciudad, y un instante después les llegó el sonido de los disparos, un trueno rítmico y distante.

—Una salva real —dijo el jefe de los caballeros. Su rostro se había animado considerablemente—. Los Caballeros Militantes y los usurpadores nunca nos dedicarían una salva; más probablemente, nos enviarían una andanada. La ciudad pertenece a los realistas. Capitán, será mejor prepararse para recibir a los emisarios del rey de Hebrion.

La tensión se había relajado en la cubierta, y los marineros habían empezado a charlar entre ellos. Isolla permaneció en silencio, y fue el observador cabo el que puso en palabras lo que pensaba.

—Lo que me gustaría saber es por qué la bandera está a media asta. Eso sólo se hace cuando el rey...

Su voz fue ahogada por el golpeteo de los pies desnudos sobre la cubierta mientras la tripulación se preparaba para recibir al barco hebrionés que se aproximaba. Cuando se acercó, una barcaza de veinte remos con un palio escarlata, Isolla vio que toda la tripulación iba vestida de negro.

—Al parecer, la dama ha llegado —dijo el general Mercado. Estaba en pie con las manos a la espalda, contemplando el mundo desde el balcón del rey. Podía ver toda la extensión de la destrozada Ciudad Baja, además de las grandes bahías que formaban los puertos de Abrusio y las fortificaciones navales que los salpicaban—. ¿Qué demonios vamos a hacer, Golophin?

Hubo un crujido en la penumbra de la habitación, adonde no llegaba la luz del balcón abierto. Una silueta oscura se destacó en silencio entre las sombras y se reunió con el general. Era más delgado de lo que podía esperarse en un hombre vivo; parecía fabricado con pergamino, palos y trozos de cuero roídos, un hombre sin cabello y pálido como un hueso. La larga capa que llevaba lo cubría por completo, pero dos ojos centelleaban en el destrozado rostro, y cuando habló, su voz sonó baja y musical, como hecha para la risa y la canción.

—Ganar tiempo, ¿qué si no? Una bienvenida apropiada, un lugar apropiado donde residir, y silencio absoluto en todo lo relativo a la salud del rey.

—Toda la ciudad está de luto. Me apuesto algo a que ya lo cree muerto —espetó Mercado. Un lado de su rostro estaba deformado por una mueca, pero el otro era una serena máscara de plata que no se había inmutado desde que Golophin la pusiera allí para salvarle la vida. El ojo del lado plateado carecía de párpado y estaba siempre inyectado en sangre, una visión espantosa que asustaba a sus subordinados. Pero que no podía asustar al hombre que la había creado.

—Conozco a Isolla, o la conocía —espetó a su vez Golophin—. Es una chica sensata; supongo que ya una mujer. Y, lo que es más impor-

tante, tiene cerebro, y no se pondrá histérica por una fruslería. Y hará lo que le digamos, por Dios.

Mercado pareció tranquilizarse. No miró hacia el cadavérico mago, pero dijo:

—¿Y tú, Golophin? ¿Cómo te va?

El rostro de Golophin se abrió en una sonrisa sorprendentemente dulce.

—Soy como una puta vieja que se ha abierto de piernas demasiadas veces. Estoy dolorido y cansado, general. No sirvo de mucho a hombres ni a bestias.

—No creo que llegue ese día —resopló Mercado.

Como un solo hombre, se apartaron del balcón y regresaron a las profundidades de la habitación. El dormitorio real, lleno de pesados tapices apenas entrevistados, cubierto de alfombras de Ridawan y Calmar, endulzado con incienso del Levangore. Y, sobre una enorme cama de cuatro columnas, una forma demacrada entre las sábanas de seda. La contemplaron en silencio.

Abeleyn, el rey de Hebrion, o lo que quedaba de él. Un proyectil lo había derribado en el mismo instante de su victoria, cuando Abrusio volvía a estar en sus manos y el reino había sido salvado de una salvaje teocracia. Algún capricho de los dioses antiguos tenía que haber causado aquello, pensó Golophin. Allí no había nada de la supuesta misericordia y compasión de la deidad ramusiana. Nada más que la amarga ironía de tener que verlo de aquel modo, no muerto pero apenas vivo.

El rey había perdido ambas piernas, y el tronco sobre los muñones estaba lacerado y roto, convertido en una masa de heridas y huesos destrozados. El rostro, antaño juvenil, estaba cerúleo, y su respiración débil y sibilante atravesaba con dificultad sus labios azules. Por lo menos, había conservado la vista. Por lo menos, estaba vivo.

—Bendito Santo, pensar que he vivido para verlo convertido en esto —susurró ásperamente Mercado, y Golophin oyó algo muy parecido a un sollozo en la voz del endurecido veterano—. ¿No hay nada que puedas hacer, Golophin? ¿Nada?

El mago soltó un suspiro que pareció iniciarse en las puntas de sus botas, y fue como si una parte de su vitalidad también lo abandonara.

—Lo mantengo con vida. No puedo hacer más. No tengo fuerzas. Debo esperar a que el dweomer vuelva a crecer en mi interior. La muerte de mi familiar, las batallas... Me han dejado exhausto. Lo siento, general. Lo siento mucho. También es mi amigo.

—Por supuesto —dijo Mercado, irguiéndose—. Mis disculpas. Me estoy portando como una tía solterona. No hay tiempo para lamentaciones, no en días como éstos... ¿Dónde has puesto a la zorra de su amante?

—Está alojada en las estancias para invitados, y no deja de gritar pidiendo verlo. La tengo bajo custodia... por su propia seguridad, naturalmente.

—Está esperando un hijo suyo —dijo Mercado, con extraña fiereza.

—Eso parece. Hemos de vigilarla de cerca.

—Malditas mujeres —continuó Mercado—. Otra más a la que contemplar y tratar con miramientos.

—Como te he dicho, Isolla es distinta. Y es la hermana de Mark. La alianza entre Hebrion y Astarac debe sellarse con este matrimonio. Por el bien del reino.

—¡Matrimonio! —resopló Mercado—. ¿Y cuándo será eso, me pregunto? ¿Querrá casarse con un...? —Se detuvo e inclinó la cabeza. Golophin pudo oírlo blasfemar entre dientes, maldiciéndose a sí mismo—. Tengo cosas que hacer —dijo bruscamente—. Y muchas, Dios lo sabe. Infórmame si hay algún cambio, Golophin. —Y salió de la estancia como si fuera a enfrentarse a un consejo de guerra.

Golophin se sentó en la cama y tomó la mano de su rey. Su rostro se convirtió en una calavera malévolamente donde se sucedieron la furia y el odio, hasta que parpadeó y un enorme cansancio ocupó su lugar.

—Sería mejor que hubieras muerto, Abeleyn —dijo suavemente—. Un final de guerrero para el último rey guerrero. Cuando te hayas ido, todos los hombres mezquinos saldrán de bajo las piedras.

Inclinó la cabeza y se echó a llorar.

2

«Por Dios que ese hombre era un buen criador de caballos», pensó Corfe.

El corcel era un bayo oscuro, casi negro, de diecisiete palmos y medio de altura. Tenía el lomo amplio, el cuello fuerte, la mirada despierta y las patas bien dibujadas. Un auténtico caballo de guerra, como el que montarían sólo los nobles. Y aquel hombre había poseído cientos de ellos, todos de tres años de edad o más, todos ellos castrados. Una fortuna en huesos, músculos y cascots... y, aún más importante, el principio de un ejército de caballería.

Sus hombres estaban acampados en los pastos de una de las granjas de caballos del difunto duque Ordinac. Los cuatrocientos salvajes que quedaban bajo las órdenes de Corfe habían plantado, en grupos dispersos, tres acres de tiendas de cuero, también propiedad del difunto duque. El improvisado campamento bullía de actividad, como un nido de hormigas pisoteado, con movimientos de hombres y caballos, humo de hogueras, sonido de martillos sobre los yunques de campaña... todo el bullicio de un vivac de caballería, tan intrincado, familiar e intensamente reconfortante para Corfe.

El caballo castrado se agitó debajo de él, pareciendo contagiarse de su buen humor mientras lo tranquilizaba con la voz y las rodillas. Había instalado piquetes a media milla en todas direcciones, y Andruw había partido dos días atrás con veinte hombres en una misión de reconocimiento en dirección a Staed, donde el duque Narfintyr se estaba armando contra el rey con más de tres mil hombres bajo su estandarte.

Un número impresionante. Pero serían hijos de granjeros y nobles menores, campesinos convertidos en soldados por un día. No se parecerían a los guerreros natos que eran los salvajes de Corfe. Y había muy pocas tropas de infantería en la tierra capaces de resistir una carga de caballería pesada, si estaba bien dirigida. Tal vez los piqueros profesionales, y eso era todo.

No, el peor enemigo de Corfe era el tiempo. Se le escurría entre los dedos como la arena, y no le sobraba nada si quería localizar y derro-

tar a Narfintyr antes de ser alcanzado por el segundo ejército que el rey Lofantyr había enviado al sur.

Aquél era el tercero de los cinco Días del Santo que los eruditos habían añadido al último mes del año para coordinar el calendario con las estaciones. Dentro de dos días, llegaría *Sidhaon*, la noche de fin de año, y el ciclo empezaría de nuevo, mientras el clima avanzaba lentamente hacia el calor y el renacer de la primavera.

Parecía que ya era hora. Aquél había sido el invierno más largo de la vida de Corfe. Apenas podía recordar la sensación del sol en la cara, o de avanzar sobre hierba en lugar de nieve o barro. Una estación del año infernal y muy poco apropiada para hacer la guerra, especialmente con soldados a caballo. Pero, por otra parte, últimamente el mundo se había convertido en un lugar infernal y poco apropiado, con todas las antiguas creencias alteradas.

Pensó en el segundo ejército que avanzaba hacia el sur para ocuparse de los rebeldes que también era misión suya destruir. Un tal coronel Aras, uno de los favoritos del rey, había recibido el mando de una fuerza combinada para someter a los nobles sureños, puesto que estaba claro que el rey esperaba que Corfe fracasara con aquellos hombres bárbaros y mal equipados. Tenía enemigos detrás además de enfrente, y otros motivos de preocupación además de la táctica y la logística; no tenía más remedio que pensar como un político. Aquellas cosas eran inevitables cuando uno ascendía de rango, pero Corfe nunca había esperado que las dificultades y equilibrios fueran a resultar tan peligrosos. No en tiempo de guerra. Tenía la sensación de que la mitad de los oficiales de Torunn estaban más preocupados por conseguir el favor real que por expulsar a los merduk del dique de Ormann. Cuando pensaba en ello, una furia negra y latente parecía apoderarse de él, una rabia que se había originado en la caída de Aekir y que había estado creciendo en su interior firme y silenciosamente desde entonces, sin posibilidad de desahogo. Sólo una masacre podría tranquilizarlo. El asesinato de merduk tras merduk hasta el último niño de piel oscura, hasta que no quedara ninguno para apestar el mundo. Entonces tal vez sus sueños cesarían, y el fantasma de Heria descansaría en paz.

Un correo se le acercó al medio galope, y, sin ningún saludo ni ceremonia, dijo:

—*Ondrow* ha vuelto.

Corfe asintió en dirección al hombre (sus salvajes habían aprendido algo de normanio, pero todavía ignoraban las normas de respeto adecuadas) y lo siguió mientras ascendía al galope por la colina que dominaba el vivac. Marsch estaba allí, y también el alférez Ebro, con tres guardias. Ebro le dedicó un saludo, que Corfe le devolvió con aire ausente.

—¿Dónde están?

—A menos de una legua, en la carretera del norte —le dijo Marsch. Se estaba frotando la frente, donde se la había irritado su pesado yelmo de *ferinai*—. Creo que tiene prisa. Está presionando mucho a los caballos. —Marsch sonaba levemente desaprobador, como si ninguna emergencia fuera lo bastante importante para provocar el maltrato de los caballos.

—Los ha rodeado —dijo Corfe con aprobación—. Supongo que ha echado un buen vistazo a nuestros rivales en este juego.

Permanecieron sentados, observando cómo la veintena de jinetes galopaba por la embarrada carretera del norte, levantando terrones a su paso como pájaros sobresaltados. En cuestión de diez minutos, el grupo se había detenido; los ollares de los caballos estaban dilatados y rojos, y sus cuellos llenos de espuma blanca. Había barro por todas partes, y los rostros de los jinetes estaban manchados.

—¿Qué noticias hay, Andruw? —preguntó tranquilamente Corfe, aunque su corazón había empezado a latir con más fuerza.

Su asistente se despojó del yelmo; su rostro era una máscara de suciedad.

—Narfintyr sigue sentado en Staed como una anciana junto al fuego. Sus hombres son granjeros, con unos cuantos nobles vestidos con armaduras de hace cincuenta años. Ningún otro noble se ha sublevado; esperan a ver si se sale con la suya. Han oído hablar de lo que le ha ocurrido a Ordinac, pero nadie cree que seamos tropas regulares torunianas. Se rumorea que Ordinac tropezó con un grupo de desertores y saqueadores merduk.

—Muy bien —rió Corfe—. Y, ¿qué noticias hay del norte?

—Ah, ésa es la parte más interesante. Aras y su columna están cerca, a menos de un día de marcha por detrás de nosotros. Casi tres mil hombres, quinientos de ellos montados, coraceros y pistoleros. Y seis cañones ligeros. Tienen un grupo de caballería en la vanguardia.

—¿Os han visto? —preguntó Corfe.

—Es imposible. Nos arrastramos por el suelo y los observamos desde un risco. Avanzan despacio a causa de los cañones y las carretas de intendencia, y la carretera está hecha un lodazal. Me apuesto algo a que llevan maldiciendo a esas culebrinas desde que salieron de Torunn.

—Empiezas a hablar como un soldado de caballería, Andruw —sonrió Corfe.

—Bueno, sí, una cosa es disparar los cañones, y otra muy distinta tener que arrastrarlos por un pantano. ¿Qué vamos a hacer, Corfe?

Todos lo miraron. De repente, hubo una sensación diferente en el aire, una tensión que Corfe conocía bien y que había llegado a amar.

—Recoger y ponernos en marcha al instante —dijo bruscamente—. Marsch, encárgate. Quiero un escuadrón delante de nosotros, como pantalla. Tú estarás al mando. Otro conducirá las monturas de repuesto, y un tercero servirá de retaguardia, a las órdenes de Andruw. El escuadrón de delante se pondrá en marcha tan pronto como pueda ensillar. Los demás lo seguirán en cuanto puedan. Caballeros, creo que tenemos trabajo.

El pequeño grupo de jinetes se separó. Los hombres de Andruw se dirigieron a los establos en busca de monturas de refresco. Sólo Ebro permaneció junto a Corfe.

—¿Y qué voy a hacer yo, señor? —preguntó, en tono medio resentido y medio quejumbroso.

—Prepara las mulas. Quiero que estén listas para moverse en cuestión de dos horas. Cárgalas con todo lo que puedas, pero no en exceso. Hemos de movernos con rapidez.

—Señor, Narfintyr tiene tres mil hombres; nosotros somos menos de cuatrocientos. ¿No sería mejor esperar la llegada de Aras y combinar fuerzas con él?

Corfe miró fríamente a su subordinado.

—¿Es que no tienes hambre de gloria, alférez? Ya has oído tus órdenes.

—Sí, señor.

Ebro partió al galope con aire disconforme.

La perfecta organización del vivac se quebró cuando los oficiales empezaron a recorrerlo a caballo gritando órdenes, y los salvajes corrieron a ponerse la armadura y ensillar a los caballos. Marsch había encontrado un depósito de lanzas en el castillo del difunto duque Ordinnac, y los soldados corrieron a tomar la suya del bosque de hileras que apareció entre las tiendas. Las propias tiendas quedaron atrás, pues eran demasiado pesadas para ser transportadas por las mulas de carga que formaban el tren de intendencia de Corfe. Los animales, gritones y testarudos, ya tenían suficiente peso que llevar: grano para mil caballos durante una semana, y forjas de campaña con sus pequeños yunques y sonoras herramientas. Hierro colado para herraduras de repuesto y lanzas extra, armas y armaduras, por no mencionar las raciones, simples pero voluminosas, que los hombres consumirían durante la marcha. Pan horneado dos veces, duro como la madera, y cerdo salado en su mayor parte, además de calderas para cada escuadrón, donde ablandar y hervir la carne. Un millón de artículos para un ejército que no era en absoluto lo bastante grande para ser un ejército. De ordinario, una fuerza de campo contaría con una carreta pesada de doble eje y tirada por bueyes por cada cincuenta hombres, y el doble

para la caballería y la artillería. El tren de intendencia de doscientas mulas de Corfe, aunque parecía impresionante concentrado, apenas podía llevar nada de lo exigido por los estándares militares habituales.

La vanguardia se puso en marcha en cuestión de una hora, y el cuerpo principal una hora después. Al mediodía, el vivac que habían dejado atrás estaba poblado sólo por fantasmas y unos cuantos perros vagabundos que rastreaban en torno a las tiendas abandonadas en busca de trozos de comida o cuero que roer. La carrera había empezado.

El invierno era más duro en las colinas al norte de las Címblicas que en las tierras bajas de Torunna. Allí, el mundo era un lugar brutal, de grandeza asesina. Con más de doce mil pies de altura, las Címblicas empezaban sin embargo a disminuir; sus riscos y escarpaduras no eran tan severos como más al sur. En sus laderas crecían árboles: variedades resistentes de pinos, abetos y enebros de montaña. En aquella tierra nacía el río Torrin, convertido ya en una corriente rápida y espumeante de doscientos pies de anchura, un torrente furioso hinchado con los riachuelos de las montañas, demasiado violento para helarse. Aún tenía por delante ciento cincuenta leguas antes de convertirse en el gigante majestuoso y plácido que fluía a través de la ciudad de Torunn y que esculpía su estuario en las cálidas aguas del mar Kardio.

Pero allí, tras fluir durante miles de milenios, la corriente había roto las mismas montañas que la rodeaban, esculpiendo un valle entre los picos. Al norte estaban las últimas cumbres de las montañas de Thuria, la barrera rocosa que retenía a las hordas de Ostrabar, de tal modo que tras décadas de invasiones se habían visto forzadas a tomar la ruta costera para llegar al sur y alcanzar las murallas de Aekir y los cañones del dique de Ormann. Al suroeste del río estaban las Címblicas, la espina dorsal de Torunna, hogar de las tribus de los felimbri y sus valles secretos. Pero aquel valle, abierto por el cauce del Torrin, había sido durante siglos el punto de unión entre Torunna y Charibon, el este y el oeste. Había sido una ruta de mensajeros imperiales durante los días del imperio fimbri, cuando la propia Charibon no era más que una fortaleza construida para proteger la ruta hacia oriente de los salvajes de Almark. Era un conducto para el intercambio y el comercio, y en sus últimos días había sido fortificado por los torunianos cuando la Hegemonía fimbria se vino abajo y los hombres empezaron a matar en nombre de Dios. Y un ejército volvía a recorrerlo, un ejército de infantería cuyos soldados vestían de negro, armados con picas de veinte pies o arcabuces enfundados en cuero. Un gran tercio de soldados fimbrios, cinco mil guerreros de los más temidos del mundo, avanzando entre ventiscas y aludes hacia el dique de Ormann.

Aquél era el sonido que empezó a oír y no pudo explicarse. Era un sonido que no había oído nunca en su vida, compuesto del rechinar de madera y cuero, el tintineo del metal sobre metal y el crujido de la nieve aplastada.

Pies. Diez mil pies marchando al unísono sobre la nieve produciendo una especie de trueno grave, algo más bien sentido que oído, como un zumbido en los huesos.

Albrec abrió los ojos y descubrió que estaba vivo.

Se sintió totalmente confundido durante un minuto. Nada a su alrededor le resultaba familiar. Se encontraba dentro de algo que se balanceaba, se sacudía y avanzaba dando bandazos. Había un toldo de cuero sobre su cabeza, con fragmentos de luz insoportablemente brillante filtrándose por las rendijas aquí y allá. Estaba envuelto en pieles, hasta tal punto que apenas podía moverse. Se sentía desconcertado, y no pudo pensar en ningún acontecimiento que le hubiera llevado a aquella situación.

Se incorporó, y su cabeza estalló en dolorosos puntos de luz, obligándole a cerrar los ojos. Consiguió sacar un brazo de las coberturas para frotarse la cara (había algo en ella, algo extraño y sibilante en su forma de respirar), y la mano apareció vendada con lino limpio. Pero había algún problema en su forma. Estaba...

Parpadeó para ahuyentar las lágrimas de sus ojos y trató de flexionar los dedos. Pero no pudo, porque ya no estaban allí. Tenía pulgar, pero no había nada más allá de los nudillos. Nada.

—Dios misericordioso —susurró.

Levantó la otra mano. También estaba vendada, pero allí sí tenía dedos, gracias a los benditos santos. Algo que mover, algo con que tocar. Le cosquillearon al moverlos, como si volvieran a la vida después de un largo sueño.

Se palpó la cara, cerrando absurdamente los ojos, como si no deseara ver lo que el tacto pudiera decirle. Sus labios, su barbilla y sus dientes estaban en su sitio, y sus ojos también. Pero...

La respiración salía silbando del agujero que había sido su nariz. Pudo tocarse el hueso. La parte carnosa del apéndice había desaparecido, y ya no había fosas nasales. Debía parecerse al agujero en el rostro de una calavera.

Volvió a tumbarse, demasiado conmocionado para llorar, demasiado perdido para preguntarse qué había ocurrido. Recordaba sólo fragmentos de horror procedentes de una tierra onírica y lejana. La sonrisa siniestra y llena de colmillos de un licántropo. La oscuridad de las catacumbas subterráneas. La terrible blancura de una ventisca, y luego nada en absoluto. Excepto...

Avila.

Y todo regresó a él con la velocidad y la fuerza de una revelación. Estaban huyendo de Charibon. ¡El documento! Se palpó frenéticamente la ropa. Pero su hábito había desaparecido. Iba vestido con un camión de lana y medias largas, también de lana. Apartó las pieles y se arrastró sobre ellas, sufriendo una sacudida cuando el vehículo que lo transportaba se balanceó. Forcejeó con los nudos que mantenían cerrado el toldo de cuero a sus pies, mientras las lágrimas hacían finalmente su aparición junto con la comprensión de lo ocurrido. Avila y él habían sido capturados por los inceptinos. Debían de estar regresando a la ciudad monasterio. Serían quemados como herejes. Y el documento había desaparecido. ¡Desaparecido!

El toldo se abrió cuando tiró de los cordeles con su única mano hábil, y Albrec cayó de cabeza contra la nieve pisoteada.

Cerró los ojos. Sintió un aliento cálido en su mejilla, y algo suave como el terciopelo le acarició el arruinado rostro.

—¡Apártate de ahí, bruto! —dijo una voz, y la nieve crujió junto a él. Albrec abrió los ojos para descubrir una silueta negra inclinada sobre él, y detrás la terrible brillantez cegadora del sol sobre la nieve.

Otra sombra. Las dos se convirtieron en hombres, que lo agarraron por los brazos y lo pusieron en pie. Se sentía tan confuso como un búho a la luz del día.

—Vamos, sacerdote. Estás deteniendo a la columna —dijo uno de ellos con tono hosco. Entre los dos trataron de volver a meterlo en la carreta cubierta donde vio que había estado viajando. Detrás de ellos había otra carreta igual, conducida por una mula inquisitiva, y detrás un centenar más, y un millar de hombres que dibujaban una serpiente oscura de figuras en la nieve, formados en hileras y con picas en los hombros. Una gran multitud de hombres en pie sobre la nieve esperando a que se aclarara la obstrucción y la carreta empezara a moverse de nuevo.

—¿Quiénes sois? —preguntó débilmente Albrec—. ¿Qué es esto?

Lo apoyaron en la parte trasera del carro, y uno de ellos desapareció para tomar el arnés de su mula. Emprendieron de nuevo la marcha. La columna se puso en movimiento. No había habido conversaciones, ni gritos ante el retraso, nada más que paciencia y una brusca eficacia. Albrec vio que el segundo hombre que lo había ayudado, igual que el primero, llevaba unas botas de cuero forradas de piel que le llegaban hasta las rodillas, y una capa negra que parecía casi clerical, con su capucha y mangas cortadas. Iba armado con una sencilla espada corta, que colgaba de un tahalí en su hombro. Atado al arnés de la mula que conducía había un arcabuz, cuyo cañón de hierro parpadeaba con la intensidad de un relámpago bajo el sol, y a su lado un pequeño yelmo de acero y un par de guanteletes de metal lacados en negro.

El hombre llevaba el pelo muy corto, y era ancho de espaldas y constitución poderosa bajo la capa. Una barba dorada de varios días le relucía en la barbilla, y su rostro estaba sofocado y enrojecido, bronceado por días y semanas al aire libre.

—¿Quién eres? —preguntó de nuevo Albrec.

—Mi nombre es Joshelin de Gaderia, vigésimo sexto tercio. El de Beltran.

No dio más detalles, y pareció creer que aquello bastaría para responder a las preguntas de Albrec.

—Pero, ¿qué eres? —preguntó Albrec, en tono quejumbroso.

El hombre llamado Joshelin le dirigió una mirada furiosa.

—¿Qué es esto? ¿Una adivinanza?

—Perdóname, pero... ¿eres un soldado de Almark? ¿Un... un mercenario?

Los ojos del hombre se iluminaron de indignación.

—Soy un soldado fimbrio, sacerdote, y estás en medio de un ejército fimbrio, de modo que yo en tu lugar tendría cuidado antes de emplear palabras como «mercenario».

La estupefacción de Albrec debió notársele en el rostro, porque el soldado continuó hablando con menos brusquedad:

—Hace cuatro días que os recogimos, a ti y al otro clérigo, y os salvamos de los lobos y la congelación. Está en el carro detrás de mí. Se encontraba en mejor estado que tú. Todavía tiene cara, en cualquier caso; sólo ha perdido unos cuantos dedos de los pies y las puntas de las orejas.

—¡Avila! —exclamó Albrec, regocijado. Empezó a bajar otra vez del carro, pero la dura mano de Joshelin contra su pecho le detuvo.

—Está dormido, igual que tú. Deja que recupere la consciencia a su debido tiempo.

—¿Adónde vamos, si no es a Charibon? ¿Por qué vuelven a marchar los ejércitos fimbrios? —Albrec había oído rumores en Charibon de aquellos hechos, pero los había desestimado como fantasías de novicio.

—Parece que vamos a defender el dique de Ormann —dijo brevemente Joshelin, y escupió en la nieve—. La fortaleza que nosotros mismos construimos. Recogeremos el escudo donde lo dejamos hace tantos años. Y me extrañaría que nos dieran las gracias por ello. La gente confía en nosotros tanto como en los inceptinos. Sin embargo, es una oportunidad para volver a luchar contra los paganos. —Cerró la boca de golpe, como si creyera que estaba hablando demasiado.

—El dique de Ormann —dijo Albrec en voz alta. El nombre parecía surgido de la historia y la leyenda. La gran fortaleza oriental que nunca había caído ante ningún asalto. Estaba en el norte de Torunna. Se dirigían a Torunna.

—Tengo que hablar con alguien —dijo—. Debo saber qué ocurrió con nuestras pertenencias. Es importante.

—¿Has perdido algo, sacerdote?

—Sí. Te digo que es importante. No puedes imaginarte cuánto.

—No sé nada de eso —dijo Joshelin, encogiéndose de hombros—. Siward y yo recibimos la orden de cuidar de vosotros dos, eso es todo. Creo que quemaron vuestros hábitos; no valía la pena conservarlos.

—Oh, Dios —gimió Albrec.

—¿Qué es, una reliquia o algo parecido? ¿Es que llevabas piedras preciosas cosidas al hábito?

—Era una historia —dijo Albrec, con los ojos secos y doloridos—. Era sólo una historia.

Regresó a la oscuridad de la carreta cubierta.

Los fimbrios siguieron marchando hasta bien entrada la noche, y cuando se detuvieron construyeron un campamento en forma de cuadrado hueco, con las carretas de intendencia y las mulas en el centro. Se clavaron estacas afiladas en el suelo, para crear una valla en tono al campamento, y se enviaron grupos de hombres fuera del perímetro para recoger leña. Albrec recibió una capa y botas de soldado (demasiado grandes para él), y lo sentaron junto a una hoguera. Joshelin le arrojó pan, queso duro y un odre de vino, y se dirigió a cumplir con su deber de centinela.

El viento empezaba a arcejar, aplanando las llamas del fuego. En la oscuridad, otras hogueras trazaban un brillante dibujo sobre la tierra nevada, y el peso de las montañas era perceptible en todos los horizontes, una presencia impresionante a través de cuyos picos las nubes se retorcián como harapos al viento. El campamento fimbrio estaba envuelto en un silencio inquietante, salvo por el bramido ocasional de alguna mula. Los hombres junto a las hogueras hablaban en voz baja mientras se pasaban las raciones, pero la mayoría se limitó a comer, envolverse en sus pesadas capas y acostarse en el suelo. Albrec se preguntó cómo lo soportaban: las pesadas marchas, las raciones cortas, los ratos de sueño sobre la tierra congelada y sin techo sobre su cabeza. Su dureza lo asustaba un poco. Había visto soldados antes, por supuesto, la guarnición de almarkianos en Charibon, y los Caballeros Militantes. Pero aquellos fimbrios eran algo distinto. Había algo casi monástico en su ascetismo. No podía imaginar cómo serían en el campo de batalla.

—Agarrado al vino, como de costumbre, ya veo —dijo una voz, y Albrec apartó la vista del fuego.

—¡Avila!

Su amigo había sido el inceptino más atractivo de Charibon. Sus

rasgos seguían siendo hermosos, pero su rostro parecía castigado y demacrado, incluso con una sonrisa. Algo le había sido arrebatado, alguna faceta propia de la juventud. Cojeaba como un anciano, y estuvo a punto de derrumbarse junto a su amigo, envuelto en una capa de soldado como Albrec, y con los pies envueltos en vendajes.

—Bien hallado, Albrec. —Y luego, cuando la luz del fuego cayó sobre el rostro del diminuto monje—: ¡Dulce Dios del cielo! ¿Qué te ha pasado?

—Congelación —dijo Albrec, encogiéndose de hombros—. Parece que tú fuiste más afortunado que yo. Sólo unos cuantos dedos de los pies.

—¡Dios mío!

—No tiene importancia. Tampoco es que tengamos esposas o novias. Avila, ¿sabes dónde estamos y con quién?

Avila seguía mirándolo fijamente. Albrec no pudo sostener su mirada. Sintió un deseo irrefrenable de cubrirse la cara con la mano, pero se dominó y, en lugar de ello, entregó el odre de vino a su amigo.

—Toma. Parece que lo necesitas.

—Lo siento, Albrec. —Avila tomó un largo trago del odre, aplastándolo por los costados de modo que el vino le penetrara profundamente en la garganta. Bebió hasta que el oscuro líquido le rebose de la boca, y luego un poco más. Finalmente se secó los labios.

—Fimbrios. Parece que nuestros salvadores son fimbrios. Y marchan hacia el dique de Ormann.

—Sí. Pero lo he perdido, Avila. Han cogido el documento. Nada más importa.

Avila estudió sus manos, apretadas en torno al odre de vino. La carne se había pelado en algunos lugares, y los dorsos estaban llagados.

—El frío —murmuró—. No tenía ni idea. Es como lo que nos contaron de la lepra.

—¡Avila! —siseó Albrec.

—El documento, ya lo sé. Bueno, ha desaparecido. Pero estamos vivos, Albrec, y tal vez no nos quemem. Da gracias a Dios por eso al menos.

—Y la verdad seguirá enterrada.

—Prefiero que sea ella la enterrada y no yo, para ser franco.

Avila no quería mirar a su amigo a los ojos. Parecía algo acobardado por lo que acababan de pasar. Albrec sintió deseos de sacudirlo.

—No pasa nada —dijo el inceptino, con una sonrisa torcida—. Estoy seguro de que superaré este deseo de vivir.

Había soldados a su alrededor junto al fuego, que los ignoraban como si no existieran. Casi todos dormían, pero al momento siguiente los que estaban despiertos se pusieron en pie y permanecieron rígidos

como estatuas. Albrec y Avila levantaron la vista para ver a un hombre con una banda escarlata en la cintura, en pie a su lado con una simple túnica de soldado. Llevaba un bigote en torno a la boca, que relucía con un resplandor rojizo a la luz del fuego.

—Descansad —dijo a sus hombres, que volvieron a dejarse caer al suelo. El recién llegado tomó asiento con las piernas cruzadas junto a los dos monjes.

—¿Puedo pedir os un trago de vino? —preguntó.

Lo miraron sin saber qué decir. Finalmente Avila reaccionó, y contestó en su mejor tono gélido de aristócrata:

—Desde luego, soldado. Tal vez entonces nos dejarás tranquilos. Mi amigo y yo tenemos asuntos importantes que tratar.

El hombre tomó un buen trago del odre de vino y se secó las gotas del bigote.

—¿Cómo os encontráis?

—Hemos estado mejor —dijo Avila, todavía en tono altanero, la viva imagen del inceptino dirigiéndose a un humilde soldado—. ¿Puedo preguntar quién eres?

—Puedes —dijo el hombre, impasible—. Pero es posible que decida no decírtelo. Resulta que mi nombre es Barbius, Barbius de Neyr.

—Entonces, Barbius de Neyr, tal vez quieras dejarnos tranquilos, ahora que ya has tomado tu trago de vino. —La altivez de Avila se estaba quebrando. Empezaba a hablar con voz aguda. El hombre se limitó a mirarlo con una ceja enarcada.

—¿Eres un oficial? —preguntó Albrec, contemplando la banda escarlata del hombre.

—Podrías decirlo así. —En la oscuridad, un soldado invisible soltó una risita medio ahogada.

—Tal vez puedas decirnos qué les ocurrió a nuestras pertenencias, entonces —dijo Avila—. Parecen haberse extraviado.

El hombre sonrió, pero sus ojos tenían el brillo de un mar de hielo, sin ningún rastro de humor que los animara.

—Cualquiera pensaría que merecemos un poco de gratitud. Mis hombres, después de todo, os salvaron la vida.

—Por lo que estamos debidamente agradecidos. Y nuestras cosas, ¿dónde están?

—A salvo en la tienda del comandante del ejército, no temáis. Mi turno para preguntar. ¿Por qué huíais de Charibon?

—¿Qué te hace pensar que estábamos huyendo? —replicó Avila.

—¿Tal vez estabais dando un paseo vigorizante por la ventisca, entonces?

—No es asunto tuyo —espetó el joven inceptino.

—Oh, sí que lo es. Os salvé la vida. Ahora seríais carne congelada

devorada por los lobos si mis hombres no os hubieran encontrado. Creo que me debéis una respuesta a las preguntas que desee formularos, además de cierta cortesía en los modales.

Los dos monjes permanecieron en silencio unos segundos. Fue Albrec quien habló finalmente.

—Disculpa nuestra falta de modales. Os estamos muy agradecidos por vuestras vidas, pero hemos soportado mucha tensión últimamente. Sí, huíamos de la ciudad monasterio. Era un asunto interno, una... una lucha por el poder en la que nos vimos implicados, aunque no por culpa nuestra. Además, había un componente herético...

—Estoy intrigado —dijo el fimbrio—. Continúa.

—Salvé de la destrucción ciertos textos prohibidos —dijo Albrec, con la mente funcionando a toda velocidad mientras tejía la mezcla de mentiras y medias verdades—. Fueron descubiertos, y tuvimos que huir o ser quemados como herejes. Eso es todo.

Barbius asintió.

—Eso pensé. El texto que llevabais con vosotros... ¿es uno de esos documentos heréticos?

El corazón de Albrec dio un salto.

—Sí, sí, lo es. ¿Sigue existiendo, entonces?

—El mariscal lo tiene en su tienda, como te he dicho. —Pareció perder el interés por ellos. Su mirada se dirigió a las hogueras circundantes, donde sus hombres yacían agotados cerca de las llamas—. Debo irme. Visitad la tienda del mariscal por la mañana y recuperaréis vuestras pertenencias. Podéis quedaros con la columna todo el tiempo que deseéis, pero os advierto una cosa: nos dirigimos al dique de Ormann, y cuanto más tiempo paséis con el ejército, peores se pondrán las carreteras y más difícil os será encontrar vuestro camino en la espesura.

—Si pudierais prestarnos un par de mulas, nos marcharíamos por la mañana —dijo Albrec con vehemencia.

Los ojos fríos de Barbius contemplaron al monje con aire calculador.

—¿Adónde iréis?

—A Torunn.

—¿Por qué?

Albrec se sintió momentáneamente confundido, seguro de que había dicho demasiado o revelado algo indebido. Flaqueó, y fue Avila quien habló, con la voz rezumando desprecio.

—Pues para unirnos a Macrobius y sus compañeros herejes, por supuesto. El enemigo de mi enemigo es mi amigo, como suele decirse. Es un mundo duro, soldado. Incluso los clérigos hemos de espabilarlos lo mejor que podamos.

Barbius volvió a sonreír.

—Desde luego. Os veré por la mañana, entonces. —Se levantó ágilmente, y fue Avila quien lo llamó cuando se volvía para irse.

—¡Espera! ¿Dónde está la tienda de ese comandante? ¿Cómo la encontraremos? Este campamento es tan grande como una ciudad.

El fimbrio se encogió de hombros, alejándose.

—Preguntad por el cuartel general de Barbius de Neyr. Está al mando de este ejército, o eso me han dicho.